

OBISPO DIOCESANO

Por Cristo y por los demás

Carta para el Día del Seminario

Queridos diocesanos:

He aquí el lema del día del Seminario 2006: "Por Cristo y por los demás: hazte cura". Lema sugestivo e invitador. Me mueve a dar gracias con vosotros por el don del Sacerdocio que algunos hemos recibido a favor de todos.

Tenemos motivos para estar agradecidos. En primer lugar, la sensibilidad vocacional que compartimos. Así se recoge en nuestro Plan Pastoral Diocesano. Sentimos la urgencia de encontrarnos con Cristo en la llamada. Por estar bautizados, somos llamados. Todo cristiano ha experimentado el amor de Dios, manifestado en la invitación a ser sus hijos. Este amor es gracia que nos hace hijos en el Hijo. Cuando la vida cristiana se percibe como gracia, se vive como respuesta a este don de Dios.

Doy gracias a Dios en segundo lugar con vosotros por el amor que los Sacerdotes tenéis al Seminario. Veo que las puertas del mismo están abiertas siempre para acogeros. Me alegra que sea nuestra Casa Grande, el lugar en que nos encontramos para hacer fiesta sintiéndonos hermanos. El Seminario, lugar evocador como pocos, nos recuerda siempre nuestra vocación. Amar la vocación sacerdotal, seguir estimando el lugar en que se escuchó y se respondió a la llamada del Señor, es gratificante para todos. Vuelve así a pasar por nuestro corazón dicha llamada, así hacemos memoria y actualizamos el sí inicial, gozosamente comprometido y comprometedor.

Quiero dar gracias a Dios, en tercer lugar, por nuestros seminaristas. Los 46 alumnos menores y los 34 mayores son un verdadero regalo del cielo y constituyen la esperanza de nuestra Iglesia. En ellos se evidencia que Dios sigue llamando a jóvenes de nuestra tierra y que cumple su promesa de darnos pastores según su corazón.

Comparto también con toda la Iglesia Diocesana la alegría de ver fructificar la llamada del Señor en muchos corazones. De ahí, queridos seminaristas, que os pida manteneros fieles siempre y en todo a Cristo Jesús. “Ser fiel a Cristo –recordaba Juan Pablo II en el mensaje de su primera visita a España- es amarlo, con toda el alma y con todo el corazón, de forma que ese amor sea la norma y el motor de todas vuestras acciones”. Amad de esta manera y entregáros totalmente a Cristo, para que, configurados con Él, podáis anunciarlo en su Iglesia y en el mundo. Aquí está el secreto de vuestra formación. Gracias, porque por Cristo y por los demás, queréis ser sacerdotes.

Hazte cura

Con esta acción de gracias, compartida con vosotros, he de manifestaros una preocupación que lo es de toda la Iglesia: ¡Necesitamos sacerdotes! El crecimiento demográfico de nuestras ciudades, la soledad y marginación que sufren muchos conciudadanos nuestros son realidades que no han de dejarnos indiferentes. Son muchas las personas que no conocen todavía la Buena Noticia de Cristo. Por ello, el Señor nos llama a la oración y a cuidar con mimo la Pastoral Vocacional.

El mismo Jesús quiere que compartamos tan noble anhelo. Él, más que nadie, siente compasión de los que están cansados y abatidos y de quienes viven desorientados como ovejas sin pastor. Él nos repite: “La mies, ciertamente es mucha, pero los obreros, pocos. Pedid, por tanto, al dueño de la mies que mande obreros a su mies” (Mt 9,37). El Buen Pastor siente lástima de la gente. Los abandonados a su suerte, los olvidados, los enfermos y los que están cansados... acuden a Él con confianza. Y Él se compadece de ellos, se implica en sus vidas, se detiene en su camino. Nadie le es extraño, hace a todos prójimos, cercanos. El ruego de Jesús brota de un corazón que ama al hombre con entrañas de misericordia y de perdón. En el Maestro, más que simple sensibilidad, es la reacción de la misericordia divina, que, cuando invade un corazón humano, es “tristeza virtuosa que se introduce en nuestro corazón,

impulsándolo a desear librar a nuestro prójimo del mal que le aflige”, precisa el P. Manuel Iglesias, comentando a San Francisco de Sales.

Oración, pues, confiada y ferviente por las vocaciones. No tanto porque seamos pocos, sino porque nos duele que muchos hermanos vivan sin conocer a Jesús, Buena Noticia para el hombre. Cuando nos acercamos a las personas que sufren y pasan dificultad, si los queremos y experimentamos la impotencia para ayudarles, nuestro corazón se abre al Padre y dicha actitud se convierte en oración, pidiendo pastores para el rebaño. Queremos sacerdotes porque amamos a los hombres y mujeres de nuestra tierra. He aquí una tarea prioritaria que hemos de compartir juntos.

La oración, nacida de un corazón misericordioso y solidario, fundamenta sólidamente la Pastoral Vocacional. Conmoviendo el corazón del hombre, logramos que éste pregunte: Señor, ¿qué quieres de mí? A qué me llamas. Por esta razón precisa, la Pastoral Vocacional es eje transversal que unifica toda la Pastoral Diocesana y, es a la vez, deudora de otras pastorales con las que se relaciona. La Pastoral de la Infancia y Juventud, por ejemplo, asume la Pastoral Vocacional, si logra que Jesucristo ocupe el verdadero proyecto de vida. También son estrechos los lazos de la Pastoral Vocacional y la Pastoral Familiar. El niño crece en y con su familia. En la iglesia doméstica los padres son los primeros animadores y educadores de sus hijos. De ahí la necesidad de una bien trabada colaboración de estas pastorales con la Pastoral Vocacional: de la vitalidad de aquéllas dependerá el vigor y la fuerza de ésta.

¿Sigue llamando el Señor?

Jesucristo, Camino, Verdad y Vida (Jn 14.6), sigue llamando, continúa saliendo a nuestro encuentro y nos invita a seguirlo. La crisis no es de llamadas, sino de respuestas. Juntos hemos de propiciar las condiciones que permitan, tanto la escucha de la voz del Señor, como la respuesta de parte nuestra. En este sentido, los objetivos pastorales de los últimos años en nuestra Diócesis están siendo medio eficaz para encontrarnos con Cristo y escuchar su voz. La atención a la Palabra de Dios, los Sacramentos

convenientemente recibidos, los espacios de oración y la acogida del pobre y del inmigrante, favorecen una cultura vocacional nueva en la mayor parte de las comunidades parroquiales. Un modo eficaz de que estos medios fructifiquen es el acompañamiento espiritual, siempre enriquecedor.

Sin vocación no puede haber proyecto de futuro. La tarea es responsabilidad de todos, sacerdotes, padres, catequistas, profesores..., para ello también hemos sido llamados. Tenemos responsabilidad, como miembros de la Iglesia, en el nacimiento y la maduración de las vocaciones al sacerdocio, a la vida consagrada y a la militancia seglar.

Termino pensando en vosotros, niños, especialmente en los monaguillos que estáis cerca del Señor en el altar y que colaboráis estrechamente con el sacerdote. En vosotros, adolescentes y jóvenes, que vivís la vida como búsqueda, y que, con frecuencia, tratáis de beberla a sorbos. Sed generosos a la hora de elegir vuestro futuro. Sed valientes y no tengáis miedo de responder al proyecto que Dios tiene sobre vosotros. Sólo de esta manera seréis felices y os realizaréis plenamente. Fijaos, si queréis tener a la vista un modelo de comportamiento, en San Francisco Javier, joven como vosotros. Tras oír repetidas veces a San Ignacio: “De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma”, respondió: “Aquí estoy, Señor. ¿Qué debo hacer? Envíame adonde Tú quieras”.

A María Inmaculada, madre nuestra y modelo de toda vocación, patrona del Seminario, encomendamos los trabajos de esta Campaña. Ella nos repite: “Cualquier cosa que (Él) os diga, hacedla” (Jn 2.1).

Sincerísimamente,

+ Rafael Palmero Ramos
Obispo de Orihuela-Alicante